

Meditando con San Agustín

El combate espiritual

En cada tentación que padecemos en esta vida luchan dos amores opuestos: el del mundo y el de Dios. Cualquiera de éstos que triunfe atrae por su propio peso al que ama.

1º Necesidad de luchar contra el mundo, el demonio y la carne.

Jesucristo vino para transformar nuestro amor, sustituyendo el terreno por el de la vida celestial.

Tal es el combate que tienes que sostener: una lucha continua contra la carne, el demonio y el mundo.

Pero no temas; porque aquel que nos manda pelear no es un espectador indiferente, ni tampoco te ha dicho que confíes en tus solas fuerzas.

Lucha: la corona de la victoria se ha prometido únicamente a los que combaten. En las Sagradas Escrituras encontrarás mil veces repetida la promesa de la corona, si sales vencedor en esta lucha.

El apóstol San Pablo nos dice claramente: *«He terminado mi obra, he concluido mi carrera, he guardado la fe; nada me resta sino aguardar la corona de justicia que me está reservada»* (II Tim. 4 7).

2º Necesidad de conocer al adversario para lograr la victoria sobre él.

Conoce a tu enemigo, y si sales vencedor, serás coronado.

Tu enemigo es tu propio deseo: *«Eres tentado, cuando eres atraído y halagado por tu propio deseo; después, tu deseo, llegando a concebir, pare el pecado, el cual, una vez consumado, engendra la muerte»* (Sant. 1 14-15).

Lucha contra tus malos deseos.

En el bautismo se te borraron los pecados, pero quedó en ti la concupiscencia, y por ello, aunque regenerado, debes luchar contra ella.

La lucha está dentro de ti mismo; no temas a enemigos venidos de fuera; véncete a ti mismo y tendrás vencido al mundo.

¿Qué te podrá hacer cualquier enemigo exterior, sea el diablo o alguno de sus aliados?

Muchas veces no eres tentado por el demonio; es tu apetencia la que te tienta. Nunca viste al diablo; lo que ves son las cosas que te agradan.

3º El combate espiritual exige todo nuestro esfuerzo.

Lucha, lucha con esfuerzo: el mismo que te regeneró es el Juez de la lucha; y el mismo que te ha hecho descender a la arena está dispuesto para coronarte si obtienes la victoria.

Una cosa es, sin combatir, disfrutar de paz verdadera y perpetua; otra, combatir y conseguir victoria; otra, combatir y ser vencido; y otra, sin pelear, ser juguete del enemigo.

Si la razón de no luchar es porque no detestas el mal, ya eres víctima de tu malicia. Si entras a la lucha confiado en tus propias fuerzas, por este solo acto de soberbia saldrás mal parado. Combatiste, es cierto; pero fuiste vencido.

Luchas y obtienes victoria cuando, al ver en tus miembros una ley que es contraria a las aspiraciones del espíritu, desconfiando de tus fuerzas, dices con el Apóstol: «*¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? Solamente la gracia de Dios por los méritos de Jesucristo, Señor nuestro*» (Rom. 7 23).

Mientras dura el combate, ¿por qué desesperar de la victoria?

Para vencer, coloca tu esperanza en Aquel que te ha mandado combatir, y, con el auxilio del que te ha ordenado que combatas, conseguirás el triunfo de tu enemigo.

Pero una cosa es no sentir los agujijones del deseo y otra no dejarse arrastrar por sus impulsos. No sentir los malos deseos es del hombre perfecto; no seguir sus inclinaciones es propio del que lucha, del que combate y se afianza en su posición.

Bien sé que tú desearías no tener deseo alguno que te solicitase a malos o ilícitos placeres. ¿Qué santo no deseó esto mismo? Pero éste es un deseo inútil: mientras se vive en este mundo, será una aspiración irrealizable. «*La carne tiene tendencias contrarias al espíritu, y el espíritu aspiraciones opuestas a la carne*», y siendo éstas las dos partes combatientes, muchas veces no puedes hacer aquello que quisieras (Gal. 5 17).

Por eso camina guiado por la ley del espíritu, y ya que no puedes destruir en ti los deseos del hombre carnal, ponte en guardia para no secundarlos.

Sin embargo, debes fomentar en ti el firme deseo de que llegarás a dominarlos, y hasta a extirpar sus raíces; pero, reconociendo que, mientras vivas, existe

en tus miembros una ley que es contraria a las aspiraciones de tu alma, pon todo empeño en no seguir esas inclinaciones.

¿Cuál sería tu deseo? Que no existiesen en ti los malos deseos. Te queda un recurso contra ellos: si no te permiten hacer lo que quieres, tenlos a raya y no les dejes hacer lo que se les antoje.

4º Para triunfar contra la carne, hay que alimentar los deseos del espíritu.

Vuelvo a preguntarte: ¿Cuál será tu deseo? Ciertamente, que no existiesen las pasiones.

Pero, una vez que existen, a mano tienes el remedio: si la carne tiene deseos contrarios al espíritu, que el espíritu estimule sus aspiraciones contrarias a las carnales.

Si ella no quiere darse por vencida, no te des tú tampoco por vencido; es necesario combatir con igualdad de armas; algún día llegará la victoria.

¿No experimentas en ti esta lucha? ¿No sientes rebelarse la carne contra el espíritu?

Si no notas en ti contraste alguno entre una parte y otra, examina cuál es la causa. Si tu espíritu no ha entablado lucha con las pasiones, mira si esto procede de haber pactado con el enemigo una paz vergonzosa.

¿Qué esperanza puedes abrigar de conseguir victoria final, si aún no has comenzado a pelear? Si, por el contrario, te deleitas interiormente en el cumplimiento de la ley de Dios, a pesar de sentir en tus miembros otra ley que repugna a la ley de tu espíritu, y en ésta te deleitas y a ésta te abrazas, entonces podrá tu hombre terreno ser esclavo, pero será libre tu espíritu.

5º La victoria se logra resistiendo a las tentaciones.

Resiste a las tentaciones. Con no consentir, ya has obtenido victoria.

Siempre es mejor no tener enemigos que obtener de ellos victoria; lo mismo hay que decir de las pasiones: es preferible no tenerlas que hacerles resistencia; sin embargo, puesto que las llevas contigo, lucha por combatir las.

¿Que no quieren ellas obedecer tus mandatos? Pues no secundes tú sus inclinaciones. Si consintieran en someterse, dejarían de existir, y entonces no se sublevarían contra tu espíritu.

¿Se sublevan? Sublévate. ¿Luchan? Lucha tú también. ¿Te atacan? Ataca tú. Atiende sólo a que no te venzan nunca.

Este combate durará siempre; pues si bien las pasiones pueden debilitarse con el tiempo, jamás desaparecen.

Afectos y súplicas.

Tu Espíritu, Señor, es el que lucha en mí contra mí, contra los enemigos que dentro de mí tengo. No quise permanecer junto a Ti; he caído y me he destrozado, como se rompe el vaso cuando se cae de la mano del hombre. Y al destrozarme, me he hecho enemigo de mí mismo y lucho en mi propia contra.

¡Oh Redentor mío! Tú me has dado el Espíritu para poder mortificar las obras de mi hombre viejo. Yo obro cuando alguien me mueve, y obro bien cuando es bueno el principio que me mueve. Si tu Espíritu me lleva, yo lucho; pero no por la fuerza que haya en mí, sino por la ayuda que tu Espíritu me presta.

Mi propio pecado me ha golpeado, me ha herido, me ha arrojado en la tierra. Pero tú me has formado, sufriste mis heridas, y con tu muerte venciste mi propia muerte.

Ahora que la carne tiene apetencias contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, ya sé que es una lucha a muerte. No hago lo que sería mi deseo. Quisiera no tener tentaciones, pero esto no puede ser. Quiera o no, las tengo; quiera o no, me solicitan, me adulan, me estimulan, me importunan, continuamente intentan levantar cabeza. Pueden, sí, reprimirse, pero no extinguirse.

Tus preceptos, Señor y Dios mío, serán mis armas. Haz que escuche tu voz, a fin de armarme con lo que voy oyendo. Con la ayuda de tu Espíritu seré dueño de mí mismo. Si las bajas pasiones se encienden, y tú me ayudas a dominarme, ¿qué podrán contra mí?

Sujeta mis pies para que no caminen hacia lo prohibido; refrena mis ojos para que no se vuelvan a lo malo; cierra mis oídos para que no escuchen voluntariamente palabras lascivas; sujeta todo mi cuerpo, de uno a otro costado y desde la cabeza a los pies.

¿Qué puede hacer la lujuria? Sabe rebelarse, pero no vencer; y después de haberse rebelado inútilmente muchas veces, aprenderá también a no rebelarse.

Toda mi esperanza está depositada en tu grande e inmensa misericordia. ¡Oh amor, que siempre ardes y nunca te apagas! ¡Dios mío, que eres el mismo amor: enciéndeme! Dame lo que mandas, y mándame lo que quieras.

Me mandas guardar la continencia. Y dándome cuenta de que nadie puede ser continente si Tú no se lo concedes, una señal de sabiduría es ya saber de dónde procede ese don. ¿Me mandas la continencia? Dame lo que mandas y mándame lo que quieras.

A través de la continencia nos reajustamos y volvemos a aquella unidad de la cual hemos caído dispersándonos en multitud de cosas.

No te ama del todo quien ama también otras cosas, pero no por Ti.